

Latín-A: Diferenciación social e identidad étnica en la frontera sur de México

Social differentiation and ethnic identity in Mexico's southern border

Jorge-Luis Cruz-Burguete (1953, mexicano, El Colegio de la Frontera Sur, México)

jacruz@ecosur.mx

Resumen

1149 kilómetros constituyen la frontera sur mexicana, de los cuales 956 corresponden a los límites de Chiapas con Guatemala. En esta región fronteriza conviven diversos pueblos y culturas, y se asienta una población de más de un millón de mexicanos frente a cuatro millones de guatemaltecos. Ahí la gente ha luchado por la sobrevivencia y ha buscado trabajo, vestido y alimento, pero sobre todo y por no dejar de ser ellos mismos, por enlazar el pasado con el presente, por comprender la importancia de proyectarse hacia el futuro. Se trata de la reinención constante de la identidad colectiva y la construcción incesante de la lógica de la unidad, que son el motivo principal de su existencia.

Palabras clave: conflicto, diferenciación social, etnicidad, frontera sur, lógica de la unidad.

Recibido: 18-09-2012 → **Aceptado:** 24-10-2012

Cítese así: Cruz-Burguete, J. L. (2013). Diferenciación social e identidad étnica en la frontera sur de México. *Boletín Científico Sapiens Research*, 3(1), 8-13.

Abstract

1149 kilometers are the Southern Mexican Border, which 956 correspond to the Chiapas-Guatemala border. In this border region people of different cultures live together, and constitute a population of more than one million Mexicans living beside four million Central Americans. These people struggle daily to survive. They search continuously for work, clothing and food, but above all, they strive to preserve their identity, to find a link between past and present, and to understand the importance of planning for the future. All of this is about a constant reinvention of collective identity and an unceasing construction of the logic of the united, which are the main reasons for their existence.

Key words: conflict, ethnicity, social differentiation, southern border, united logic.

Introducción

«Como la partícula de indeterminación en física, el nacionalismo hace vacilar todos los cálculos políticos. Está en todas partes, dinamita todos los edificios y exacerba a todas las voluntades. Algunos sostienen que el estado-nación, la gran invención política de la modernidad, ha cumplido ya su misión y se ha vuelto inservible. Daniel Bell dice que el estado-nación es demasiado chico para enfrentarse a los grandes problemas internacionales, y demasiado grande para resolver los de las pequeñas naciones. En suma, se le reprocha no ser ni un imperio ni un simple principado. Tal vez la solución no está en su desaparición sino en su transformación: convertirlo en un intermediario entre las pequeñas nacionalidades y los bloques de naciones» (Paz, 1993: 113-114).

En la última década del siglo XX, Chiapas pasó a formar parte del escenario mundial, pues, aunada a su importancia agroecológica, salta a la vista que es en el sureste de México donde se juegan diversos y complicados proyectos nacionales y regionales¹. La riqueza y complejidad de las formas de organización social, la movilidad de la población junto con las implicaciones en el medio ambiente, y la reconformación de los territorios (étnicos, culturales y nacionales), sugieren interesantes maneras de producir la historia nacional y la microhistoria; es decir, estamos frente a ricas e inéditas formas de acción individual y colectiva, que convocan a la imaginación científica para comprender y explicar la transformación de las relaciones entre los hombres y la de ellos con la naturaleza.

Nuevamente, hoy los pueblos mesoamericanos resurgen en este espacio y dan a conocer su historia real. Una historia que se ha caracterizado por la violencia y el despojo, por la pobreza y el etnocidio o genocidio cultural pero, sobre todo, por la persistencia de las culturas nativas por seguir siendo ellas mismas dentro de sus propios territorios, a pesar de ser «*víctimas de una estrategia deliberada de destrucción por parte del estado. Este proceso, que ha recibido el nombre de 'genocidio cultural' o 'etnocidio', constituye un fenómeno muy extendido en el mundo contemporáneo*» (Stavenhagen, 2001: 146-147). Junto con intensas relaciones interculturales, y en el seno de serios conflictos político-militares, estamos en presencia de muy determinados problemas estructurales, nacionales, internacionales y regionales. Es en este conjunto complejo de relaciones en el que varios fenómenos sociales están encontrando su lugar de expresión en los pueblos y las culturas de la frontera sur.

En este artículo se argumenta que, en virtud del carácter pluriétnico y multinacional del *estado* nacional mexicano, se dan a conocer hoy en este territorio un sinnúmero de contradicciones históricas, y la subordinación de los pueblos indígenas en la estructura jerárquica de la estratificación social; pero también, se manifiesta la fortaleza de los mecanismos de cohesión social y el ejercicio de la creatividad del mundo Maya en la reconstrucción cotidiana de sus identidades colectivas.

Los linderos nacionales

Al hablar de la frontera sur de México, surge inmediatamente la idea de límites y, en consecuencia, la contraparte en el norte de la nación. Después debemos imaginar un espacio físico, un territorio delimitado por esas dos fronteras y, posteriormente, un *estado* que organiza y define tanto límites nacionales como relaciones sociales; es decir, la noción de fronteras nos remite a la expresión jurídica de la formación de un país que ejerce su soberanía hacia el exterior, a la vez que genera la domina-

¹ Como el Plan Puebla Panamá, El Corredor Biológico Mesoamericano y el sellamiento de la Frontera Sur sólo en el sexenio de Vicente Fox Quezada, entre otros.

ción y el consenso en su interior. Sin embargo, deberán darse otras características importantes para que la categoría jurídica logre materializarse: como el hecho de que la población se reconozca pertenecer a ese *estado* nacional, y que dicho reconocimiento se sustente en contenidos históricos y sociales.

La conciencia de pertenencia a un grupo étnico o a una sociedad es la premisa del reclamo al derecho de la ocupación territorial. Así, no habría conflicto si la frontera implicara un proceso bilateral con una relación binívoca entre población y territorio, y naturalmente de mutuo reconocimiento. Sin embargo, esas relaciones no son tan armónicas, puesto que las fronteras pueden ser (además de políticas y económicas) culturales, y subsistir o coexistir al interior de un mismo territorio definido formalmente como étnicamente homogéneo. La «mexicanidad», por ejemplo, puede concebirse como una «*comunidad imaginada*», en el sentido de que la nacionalidad es un artefacto cultural con una profunda legitimidad emocional (Anderson, 1993).

Además de la porosidad de las fronteras, hechos ineludibles apuntan que no existe una sola concepción de frontera; pero lo que sí existe como fenómeno real en toda organización social es una relación estrecha entre «pueblos» y «territorios». Y es esta relación básica la que reconoce la propia ONU. Así, la figura jurídica implica que los pueblos tengan un gobierno y un *estado*, y de ahí es fácil pasar a exigir que a cada nación correspondiera un *estado*. El modelo *estado-nación* sería perfecto si a un número de naciones correspondiera igual número de estados, pero no es así.

Recientemente, la ONU reconoció la existencia de 200 «pueblos» o *estados* nacionales. Sin embargo, Stavenhagen² afirma que hay de: «**8 mil a 10 mil naciones o pueblos con características étnicas propias**»; es decir, hay contradicciones entre el número de estados reconocidos por el derecho internacional y el número de pueblos, naciones o nacionalidades con identidades culturales propias que reclaman algún tipo de reconocimiento, y es precisamente esa contradicción la que ha llevado a tantos conflictos en el mundo, además podrían frenar la declaración universal de derechos indios en la ONU, porque no agrada a muchos *estados-nación* el reconocimiento de múltiples nacionalidades.

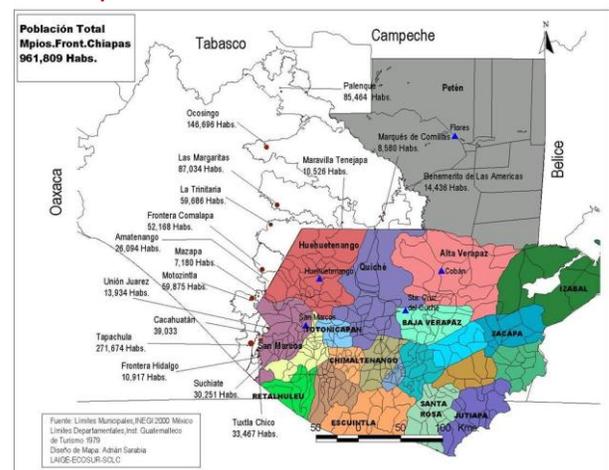
Hasta hace pocos años, parecía estar resuelto el problema de los *estados* multinacionales, pues se suponía que la coexistencia pacífica brindaba un contenido armónico a la forma *estado-nacional*. Hoy día, esa apreciación no corresponde con la realidad social, pues vemos que diversos pueblos están desembocando en terribles guerras *intestinas*. Se hace necesario volver a retomar el tema con mayor seriedad, y poner en la mesa de la discusión (pese a los nuevos modelos macroeconómicos y las aperturas de los mercados internacionales) la vieja polémica de la «cuestión nacional».

Chiapas y la frontera sur

El último periodo de la frontera sur mexicana está relacionado con la fase violenta de los gobiernos militares de Centroamérica (expresadas desde los años 1960) y con las políticas guatemaltecas de «tierra arrasada», durante las décadas de los años 1970 y 1980. El impacto que recibió esta

porción de la frontera corresponde a ese periodo, y data de los últimos 25 años. En ese tiempo, la migración centroamericana hacia territorio mexicano fue tan significativa que no sólo preocupó a los gobiernos de México y Guatemala sino que hubo necesidad de la intervención de la ONU, mediante el Alto Comisionado de Naciones Unidas para ayuda a Refugiados (ACNUR). La situación fronteriza logró materializarse en ese lapso, pues la «frontera olvidada» (llamada ahora la última frontera) mostró su vitalidad, y atrajo la atención nacional e internacional, desafortunadamente, por motivos de migraciones forzadas. Además, con la intensidad de los tiempos que se vive en Chiapas desde 1994, y la velocidad de los movimientos sociales, se va creando en este periodo un renovado interés por la frontera sur. Esta frontera se constituye con varias colindancias. Según datos de la desaparecida *Secretaría de agricultura y recursos hidráulicos (SARH, 1970-1976)* y la *Comisión de límites y aguas (CILA, 1988)*, existen 956 kilómetros de frontera entre Chiapas y Guatemala y 193 kilómetros entre Quintana Roo y Belice, más 85.266 kilómetros de límite marino con la Bahía de Chetumal. Sin contar esta última parte, la frontera sur de México con Centroamérica tiene 1149 kilómetros de distancia. Con estas condiciones sociodemográficas, Chiapas cumplía ya (desde hace más de tres décadas) con el perfil idóneo de las crisis y el advenimiento del conflicto social (ver mapa 1).

Mapa 1: La frontera sur de México con Guatemala



Los conflictivos años en la década de 1960

El punto de quiebre de la transformación social en Chiapas puede identificarse al inicio de la década de 1960. En esta etapa se anuncia el ascenso del movimiento campesino y se constituye la *Coordinadora nacional plan de Ayala* (1976—1980), en Motozintla, Chiapas; se abren caminos de mano de obra para la Sierra y Selva; se culmina la presa Netzahualcōyotl y se inician otras tres grandes centrales hidroeléctricas en la cuenca del Río Grijalva y, entre otros eventos más, da inicio la militarización de la frontera sur de México con Guatemala (Cruz, 1989). Sin duda, esos años definen los estilos de vida entre pasado y presente. Los procesos revolucionarios en Centroamérica y el Caribe, la postura del *estado* mexicano frente a las distintas fuerzas políticas y militares que se desenvolvían justo al otro lado de su frontera sur, y la necesidad de evitar cualquier «contagio» con los grupos étnicos y pueblos mexicanos asentados en la franja fronteriza, fueron los principales puntos de la agenda de los gobiernos de esos años.

² Rodolfo Stavenhagen La Cuestión Étnica, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 2001

Con el arribo de Luis Echeverría Álvarez en 1970 a la presidencia de la república, se sientan las bases para el «desarrollo» del sureste mexicano. En Chiapas, durante la primera mitad de los años setenta, el gobierno del doctor Manuel Velasco Suárez iniciaría los grandes cambios hacia la «modernización». Se abre así una época con las características más contradictorias para la sociedad indígena y campesina: el hecho de ver cómo cada día se ensancha la brecha entre la riqueza natural y cultural de la región y su pobreza.

Es en estos tiempos que se acuña la frase «Todo en Chiapas es México», el gobernador Velasco Suárez impulsaba férreamente un proyecto de integración «intensivo» al modelo de desarrollo nacional. Así, las riquezas «escondidas» fueron redescubiertas, como la abundancia y fortaleza de los ríos, lagunas y embalses, las maderas preciosas de la selva Lacandona y la zona maicera de la región Fraylesca, a la que le otorgó la «Mazorca de Oro» durante el sexenio de José López Portillo (1976-1982), entre otras. Entonces, se abrieron las arcas del *estado* para el desarrollo pleno de Chiapas conforme a la vida nacional. No se escatimaron ni recursos ni discursos pero, antes que nada, se sistematizó la explotación de las riquezas naturales (ahora ya al servicio de la nación); se explotaron bosques y selvas, se industrializó la madera y se construyeron grandes presas y miles de silos para convertir a Chiapas en el «granero de la nación». Se construyeron carreteras, se ampliaron los pastizales para la ganadería y se extendieron los campos agrícolas a partir de los nuevos sistemas de riego. Además, se construyeron gigantescas bodegas y creció la burocracia agraria, destinada a la administración, control y «buen funcionamiento» de los planes y programas de desarrollo.

En esta época, también desaparecieron muchos poblados bajo las aguas de las presas, en tanto que se fundaron otros en sus márgenes, con población diversa, compuesta por nativos y migrantes, indígenas y mestizos. Crecieron las ciudades y la inmigración tanto como los costos de la vida. Surgieron los cinturones de miseria, escaseó la vivienda y los servicios urbanos fueron cada vez más insuficientes y caros. De la noche a la mañana empezaron a aparecer campamentos de «paracaidistas» en las principales ciudades de la región, luego vinieron los conflictos entre colonos y la subsecuente «orientación» hacia los intereses de los partidos políticos. Los acuerdos, sin embargo, no lograron abatir el hacinamiento, mucho menos el deterioro ecológico de las zonas urbanas, puesto que los servicios fueron rebasados con mucho por la afluencia de migrantes indígenas y desplazamientos forzados de campesinos, por motivo del llenado de las presas hidroeléctricas de la cuenca del río Grijalva. Sin embargo, aún queda una posibilidad para recomponer la organización social regional, pero a condición de aprender a vivir con plena conciencia de nuestra diversidad cultural, y con el compromiso de abatir la rígida y la cerante diferenciación económica en los diferentes estratos sociales.

Aprender a vivir la diversidad

El reconocimiento de la existencia de grandes riquezas naturales, la presencia de complejas relaciones interétnicas, la pobreza social, el conflicto y la incertidumbre son las constantes que caracterizan el escenario de la frontera sur. La diversidad ecológica y cultural del sureste mexicano ha sido motivo principal para definirla como la región más privilegiada del país, pues se caracteriza por la abundancia de agua (gracias al dinamismo de sus sistemas fluviales), su amplia variedad climática, la gran riqueza biótica y la no menos importante pluralidad étnica y cultural.

En el seno de ese majestuoso ecosistema, integrador de complejos procesos ambientales y sociales, tuvo lugar el desarrollo de las más logradas culturas del continente americano. El avance de la ciencia y la tecnología alcanzada por mayas, olmecas y zapotecas, aun muestran con sus vestigios las sofisticadas técnicas que hicieron posible la existencia de las grandes civilizaciones hidráulicas. Junto a la producción de conocimientos para la vida y la satisfacción de las necesidades sociales, los niveles ascendentes de producción y reproducción social manifestaron tanto la capacidad de organización de esas culturas como la viabilidad de su filosofía ecológica. Víctor Toledo dice que: *«sus poblaciones eran antes de la llegada de los españoles notablemente densas. Existen evidencias que permiten estimarla conservadoramente en 1 millón 700 mil habitantes. Cifra impresionante si se la compara con cualquiera de los asentamientos humanos de la época. Sólo en Yucatán se estimaba una población de más de un millón de pobladores. Tabasco y la región de la laguna de Términos tenía por lo menos 250 mil habitantes. Una cantidad similar se estimaba en la región entre Tonalá y Coatzacoalcos. Y aproximadamente 200 mil personas se encontraban dispersas en las serranías chiapanecas y oaxaqueñas. El Soconusco contaba por lo menos con 80 mil pobladores»*. Sin embargo, hacia 1550, la población ya se había reducido a 400 mil habitantes; es decir, el 75 por ciento desapareció víctima del primer choque brutal con los recién llegados. Algunos años después, por 1600, se censaron solamente 250 mil pobladores (Toledo, 1996: 5).

Aun así, la colonización de las tierras de los pueblos nativos fue más lenta cuanto más escabroso se presentaba el ambiente topográfico. Esa variable ambiental sirvió de «muro de contención», por algún tiempo, a los avances de los colonizadores; pero también permitió protegerse de las tecnologías agropecuarias europeas, que introducirían (a la postre) los monocultivos y la ganadería en regiones tropicales. El sureste recibió y resintió desde entonces las acciones de esa mentalidad exacerbada, racionalista y morbosamente explotadora.

Hasta el presente, la introducción de una mentalidad de lucro individualista y productividad comercial ha encontrado distintos niveles de resistencia, aunque la población se vea prácticamente empujada hacia el comercio y el consumo. Aun así, observamos formas nuevas de recreación de la colectividad chiapaneca; cuando se trata de preservar la cultura y los recursos bióticos, resurgen creencias y prácticas de la religiosidad popular que no concuerdan «racionalmente» con el entorno de las nuevas formas de administración económica de la vida local y regional. Las condenas de la «gente grande» (en el sentido de cambiar para «nada bueno») aún encuentran un espacio de receptividad y atención entre la población.

Por ello, estudiar las identidades de los grupos étnicos en relación a la sociedad nacional implica intentar trascender los estudios culturalistas, los cuales se han caracterizado por ser demasiado generales, pues conciben a la cultura como la esencia del sistema, o lo «superorgánico» de las relaciones sociales, a fin de evitar hacer operativo el análisis concreto. Los antropólogos culturalistas pecan de un excesivo empiricismo, propio del positivismo norteamericano. Además, los enfoques desarrollados a partir del análisis de la cultura, como el «folk-urban continuum», el enfoque de la «sociedad dual» y el de la «comunidad corporativa», ubican unilíneamente a las sociedades tradicionales, frente a las sociedades modernas, o bien, no permiten dar cuenta de las capacidades étnicas en materia de reestructuración (y

constante reformulación) de los valores e identidades frente al conjunto nacional (Korsbaeck, 1987); es decir, nuestro enfoque teórico pretende comprender la reconfiguración de las identidades étnicas como fenómeno inmerso en la dinámica de la estructura social, más que en la especificidad interna de los procesos comunitarios. Nos referimos a unidades sociales y culturales diferenciadas, que se caracterizan por formas «tradicionales» y no emergentes de solidaridad social, y que interactúan en condiciones de «minoría» dentro de la estructura social más amplia, como las modernas naciones-estado. Esta preocupación ya existía en Durkheim, como lo señala Lukes: «(se trata de) (...) *determinar la naturaleza de la solidaridad social en las sociedades industriales, en cuanto opuesta a la existente en las sociedades tradicionales o preindustriales, y explicar la transición de unas a otras*» (1984: 138).

Al menos por los avances de la ciencia y la tecnología, o solo por el inicio del milenio (después de haber sorteado intensas y diversas vicisitudes hacia el desarrollo social) sería deseable que el sureste mexicano hubiera trascendido fases denigrantes de convivencia y existencia social, así como formas vetustas y peligrosas de explotación de la naturaleza, que provocan agotamiento de los recursos naturales y generan rupturas ecológicas, con lo cual se agreden los sistemas de producción y reproducción social. Sin embargo, ¿a qué se debe el resurgimiento de las identidades que parecían enterradas?, ¿en qué circunstancias específicas se ha iniciado esa lógica de la diferenciación?, ¿cómo saber hasta dónde llegará la vorágine de los cambios? y ¿cómo afectan estas nuevas identidades al orden mundial, a las democracias modernas y a la propia perspectiva de los proyectos étnicos?

Entonces, es pertinente preguntarse: ¿es condición necesaria la crisis de los valores que lleva implícita la modernidad, su excesivo relativismo cultural, la exaltación del presente y la negación del pasado y el futuro, para provocar la efervescencia de identidades étnicas? Igualmente, advertimos que la tendencia de los grupos étnicos al construir su unicidad los lleva hacia la lógica de la diferenciación: ¿se debe ello a la emergencia del individualismo y el etnocentrismo cultural? Y, de ser así, ¿cuáles son los procesos en que se reconstruyen las identidades étnicas, y cuáles son los que la destruyen?

Construcción de identidades en la frontera

De cara a situaciones específicas de la frontera sur, y ante la diversidad cultural, geográfica y ecológica, la capacidad de poseer una identidad bien definida se convierte en un recurso del ejercicio del poder colectivo, tanto frente a los conjuntos sociales diferenciados como frente a la diversidad y complejidad del contexto natural. De ahí que los grupos étnicos anteponen un proyecto colectivo y no individual, puesto que elaboran una estrategia junto a los acontecimientos, pero no «programan» objetivos (preconstruidos «racional y utilitariamente»). Así, la identidad étnica no se transforma en su naturaleza (indígena) y en su contenido (cultural) sino que desarrolla estratégicamente su identidad colectiva, tanto como se vayan afirmando los proyectos del grupo y sus expectativas como actor social.

Por ello, la identidad es considerada como una constante antropológica, típica del género humano y presente en todo momento histórico; es decir:

1. La identidad presupone cierta reflexividad, que depende de la experiencia de la gente y de la transformación del individuo humano en objeto para sí mismo, lo cual responde a la pregunta de: ¿quién soy? y ¿cuál es «mi» origen?
2. La identidad es resultado de un proceso social, porque surge y se desarrolla en la convivencia diaria con los demás (para pertenecer a un grupo, evitar el desarraigo o la exclusión, y fortalecer «mi propio» yo y «los otros» como yo).
3. La identidad puede ser individual o colectiva, y tiene tres dimensiones: (a) es locativa, porque se sitúa en el interior de un lugar o «mundo simbólico» definidos; (b) es selectiva, porque ordena preferencias, alternativas y acciones; y (c) es integradora, porque liga experiencias pasadas, presentes y futuras, unificándolas (Giménez, 1992).

Imagen 1: Indígenas cobrando remesas Plaza central de San Cristóbal de Las Casas, Chiapas (por el autor)



En consecuencia, la identidad es producto de la acción de las personas y construcción del sujeto. Eso hace que me identifique con el «mundo de la vida» (Bizberg, 1989). Y este «mundo de la vida» ni es estático ni es homogéneo, y mucho menos unilateral e inamovible. De ahí que los pueblos nativos de la frontera sur construyan una racionalidad propia de las identidades étnicas ante los «otros», una manera de ser distintos, pues es la manera única de vivir dentro de esa lógica de la diferenciación.

Conclusiones-discusión

Ahora bien, frontera sur, identidades étnicas y nacionales, conflictos políticos y militares, diversidad ecológica y adversidad histórica, cultura y revitalización étnica son algunas de las últimas expresiones que le dan a la frontera sur mexicana una faz única. En esta región se vive el cambio social más intenso del país, desde los movimientos sociales centroamericanos en los años 1960 y 1970, que convirtieron a esta zona en región de refugio, hasta los grandes e intensos desplazamientos poblacionales, ya sean de comunidades indígenas a partir del movimiento zapatista de 1994 a la fecha, o por la transmigración e inmigración de centroamericanos y chiapanecos con destino al norte del país y los Estados Unidos.

Junto con las grandes migraciones locales e internacionales, en Chiapas recreamos el pasado con el quehacer cotidiano. Esta orientación hacia el pasado es representada por los grupos étnicos bajo criterios de identidad y pertenencia, fundamentados en la «idea» de un origen común. Bajo esa perspectiva, el grupo étnico es un grupo consciente de sí mismo, auto-percibido como homogéneo, unido alrededor de una particular tradición cultural y un pasado compartido (real o mítico), además de auto-diferenciado conscientemente de otros con los que tiene contacto. Esta es la característica fundamental de los pueblos y las culturas que se en-

cuentran asentados en esta porción de México frente a Guatemala (Cruz, 1998).

Imagen 2: Niña en su choza, Aguacatenango, Chiapas (por el autor)



Al final del siglo, estamos en presencia tanto de un renacimiento étnico como de la proliferación de diferencias, más que en la antesala de la «estabilidad», la «generalización» y el «desarrollo» provocado por la globalización; pero la presencia y la resistencia cultural son tan evidentes y racionales como las políticas económicas que dominan el mundo actual, y algo más: en estos pueblos de la frontera sur el renacimiento de los movimientos étnicos y sus identidades responden también a profundos intereses colectivos. Son acciones reflexivas e innovadoras que encuentran su mejor momento de expresión en situaciones de crisis y conflicto social.

Además, no existen condiciones que sugieran el abatimiento de los conflictos y la cancelación de la violencia y los movimientos étnicos sino más bien aparecen cada día evidencias irresolubles de las disparidades sociales y la proliferación de diferencias culturales. A la par, se van delineando claramente las perspectivas hacia la persistencia de los límites de las distintas etnias que conforman las sociedades modernas. Se van agudizando las contradicciones en la economía y la política de los pueblos indígenas y los *estados*-nacionales, donde pareciera que todos están listos a desembocar en rupturas y mayor violencia social. Para los grupos nativos, la alternativa se va definiendo en la medida que se fortalece la cohesión interna y se presenta como frente común ante la adversidad.

Ahora bien, cuando advertimos la complejidad de las relaciones sociales y la etnicidad, y entre estas con los cambios sociales, no podemos comprender a cabalidad cuál podría ser la solución deseable a los problemas de Chiapas, puesto que la identidad es una especie de equilibrio inestable dentro de un sistema de relaciones en constante cambio y transformación.

Además, la lucha incesante por el reconocimiento de los pueblos indígenas es precisamente un forcejeo en el que se juegan todos los problemas de la identidad en términos de relaciones. Por ello, no es extraño que los grupos étnicos identifiquen con su lucha la recuperación de su territorio y de su cultura (la concepción de los seres, de los lenguajes, de las cosas y de sí mismos), lo cual no es más que la búsqueda hacia la autodeterminación de su existencia. La ONU, reconoce que: *«La libre determinación no era un concepto elaborado después de la Segunda Guerra Mundial sino que existía desde tiempos inmemoriales y su interpretación no dependía exclusivamente del derecho internacional. Los pueblos indígenas*

reclamaban para sí el derecho a una definición subjetiva de la libre determinación» (1993, 19-20).

La idea central es mostrar que los grupos étnicos (indígenas) no conciben el entorno como lo pueden pensar los otros grupos étnicos (incluidos los mestizos, como uno de ellos). Los elementos míticos, así como la vida espiritual, no están escindidos en la cotidianeidad terrena de la existencia indígena.

Imagen 3: Indígenas desplazados de la Selva Lacandona (por el autor)



Además, el tiempo social indígena es fundamental en la reconstrucción de las identidades étnicas. Su persistencia en el tiempo permite articular el pasado con el presente y con el futuro, puesto que son elementos insustituibles que ligan el tiempo del individuo (biografías personales) con la memoria colectiva (la historia comunitaria). Así, el carácter productor de las identidades, las representaciones sociales y el tiempo histórico son elementos que pueden unir las propuestas urgentes para Chiapas.

Al analizar el cómo se construye la lógica de la diferenciación étnica y el porqué de la «efervescencia de las identidades», es comprometernos a estudiar la recia urdimbre de las culturas y los pueblos asentados en la frontera sur; es tratar de conocer las relaciones más determinantes de la vida indígena en relación con su entorno, entre nativos y migrantes, su naturaleza natural y su naturaleza social, con la tierra y con el cosmos, en una relación estrecha entre hombres y dioses.

También se trata de abrir las mentes hacia la comprensión de la «lógica inclusiva» de los pueblos mayas, que vincula sujetos y objetos en interacción dinámica, por lo cual es posible deducir que el espacio étnico es pensamiento y acción; es decir, el territorio étnico de los pueblos mayas en la frontera sur no podría entenderse separado de las prácticas agrícolas, la religiosidad popular, la reproducción familiar, la educación para la vida, la habitación y el alimento.

Así, sobre la base de una identidad étnica que produce y reproduce bienes materiales y culturales se erigen otras identidades como la ejidal y campesina. Por ello, entre los «hombres de maíz», la concepción biunívoca entre cosmogonía y existencia material no se explica aislando a los seres (como sujetos) de la «madre tierra» (como objeto). En suma: el problema de la «inclusión» hombre-tierra-cosmos y de la construcción de identidades ligado a la naturaleza, no está en función de la forma legal de la propiedad; no importa cómo se califica el territorio, sino la manera en que se relaciona el sujeto étnico a su objeto para producir y reproducir su identidad, y ese proceso implica trascender los límites formales, e inventar una realidad distinta.

Finalmente, es cuestión de prudencia académica comprender que las identidades colectivas de la frontera sur son como un territorio que se recubre con una «gruesa corteza» cultural, donde hay interacción de hombres y mujeres, ríos y montañas, ciclos e interciclos que producen la relación y el equilibrio entre el cosmos y los hombres de maíz. Existe, pues, un «manto» cargado de tradiciones y reformulaciones culturales inéditas, que aparecen con la apertura de los mercados internacionales, las migraciones de indígenas a los centros urbanos del país y al extranjero, la presencia de capital y relaciones salariales en las comunidades, inversiones de capital indígena en el campo y en el transporte, así como el control del mercado regional de frutas y legumbres en varios estados de la frontera sur, y la producción y venta de café y otros cultivos orgánicos para el mercado europeo o internacional. Sin embargo, junto con estos cambios, también se reconstruyen las identidades étnicas y se reorganiza la comunidad indígena. Ese novedoso estilo de producir la existencia social es la lógica de la diferenciación étnica en la frontera sur.

Reflexión de la editora de sección: el artículo de Jorge Luis Cruz-Burguete analiza los procesos de diferenciación social e identidad étnica en la frontera sur de México. Es importante el reconocimiento del valor estratégico además de las dinámicas únicas y específicas que tienen lugar en las áreas fronterizas. Aunque las fronteras representen espacios geográficos y presenten delimitaciones plenamente establecidas son, tal y como afirma el autor, zonas porosas. Los asentamientos humanos fronterizos deben entonces enfrentar los efectos positivos y negativos de las relaciones multinacionales. En muchos países latinoamericanos, y como consecuencia de los planes de desarrollo nacional, las fronteras son áreas olvidadas con muy baja densidad poblacional; además, poseen características geográficas y topográficas que las convierten en zonas poco inaccesibles. Razonablemente, estas condiciones han favorecido el establecimiento de situaciones irregulares e ilícitas. Muchas fronteras están relacionadas con procesos de guerras, manifestaciones de conflictos y violencia, localización de grupos armados, contrabando de especies silvestres, bienes y drogas, entre otros. Es interesante destacar la referencia que hace el autor ante la necesidad de reconocer y proteger la diversidad y riqueza étnica que prevalece en la frontera sur mexicana. Por lo tanto, la protección de la identidad de los grupos indígenas de los poblados fronterizos es esencial. Con relación a este aspecto, la cooperación multinacional es obligatoria. Muchas áreas fronterizas comprenden zonas vírgenes con vastas riquezas naturales. Por citar un caso reconocido, en la Amazonía, específicamente en la zona fronteriza entre Venezuela y Brasil se localizan importantes yacimientos minerales de oro y diamantes. La destrucción ambiental llevada a cabo por los mineros brasileros o garimpeiros no tiene límites y el pasado año cobró la vida de un grupo de indígenas yanomamis, quienes fueron violentamente masacrados. No menos importante sería comentar el conflicto fronterizo colombiano con sus países vecinos y las graves consecuencias de los grupos armados asentados en sus límites.

Referencias bibliográficas

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras: La organización de las diferencias culturales*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Bizberg, I. (1989). Individuo, identidad y sujeto. *Revista Estudios Sociológico*, 21(3).
- Braudel, F. (1989). *Escritos sobre historia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. (1989). *Convenio 169 sobre pueblos indígenas y tribales en países independientes*. México D.F.: Cuadernos de legislación indígena.
- Cruz-Burguete, J. L. (1998). *Identidades en fronteras, fronteras de identidades. El logio de la intensidad de los tiempos en los pueblos de la frontera sur*. México D.F.: El Colegio de México.
- _____. (1989). *Políticas regionales y desintegración social en Osumacinta y Chicoasén, Chiapas. La construcción de la Central Hidroeléctrica Ing. Manuel Moreno Torres (1974-1980) (Tesis de maestría)*, Oaxaca: Inédita.
- _____. (2007). Las condiciones del desplazamiento interno en Chiapas. En Ordóñez-Cifuentes, J. E. (Coord.), *Migración: pueblos indígenas y afroamericanos*. (PP. 67-90). México D.F., México: UNAM.
- _____. (2008). Los zoques de Tuxtla y la disputa por las virgencitas de Copoya, en el valle central de Chiapas. *Ra Ximhai*, 4(2), mayo-agosto, 21-47
- De Castro-Cuéllar, A., Cruz-Burguete, J. L. y Ruíz-Montoya L. (2009). Educar con ética y valores ambientales para conservar la naturaleza. *Revista de Ciencias Sociales*, 50(2), 353-382.
- Fábregas, A. (1985). *La formación histórica de la frontera sur*. México D.F.: Ediciones del Ciesas Sureste y Ediciones de la Casa Chata.
- Fábregas, A. (1991). *Pueblos y Culturas de Chiapas*. Chiapas: Porrua.
- Fábregas, A., et al. (1988). *Frontera Sur*. México D.F.: Ediciones de la Universidad Autónoma de Chiapas.
- Farías, P. J. (1994). La investigación en la frontera sur. *Revista del Conacyt*.
- Giménez, G. (1993). Cambios de identidad y cambios de profesión religiosa. En Bonfil-Batalla, G. (Coord.), *Nuevas identidades culturales en México* (pp. 1-25). México D.F.: Ediciones de CONACULTA.
- Hernández, G. P. y Cruz-Burguete J. L. (2005). Religión y dinámica familiar en Los Altos de Chiapas. La construcción de nuevas identidades de género. *Revista Estudios Sociológicos*, 23(68), 515-534.
- Korsbaeck, L. (1987). El desarrollo del sistema de cargos en San Juan Chamula. El modelo teórico de Gonzalo Aguirre Beltrán y los datos empíricos. *Anales de Antropología*, 24(1), 215-242.
- Lukes, S. (1984). Émile Durkheim, su vida y su obra. Madrid: Centro de investigaciones sociológicas, Siglo XXI.
- Organización de la Naciones Unidas (ONU). (1993). Discriminación contra las poblaciones indígenas. Inf. Gpo. Trabajo sobre poblaciones indígenas. En A.-Daes, A. E. (Rel). México D.F.: Consejo Económico y Social.
- Paz, O. (1993). *Itinerario*. Col. Tierra Firme. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Smith-D., A. (1981). *The Ethnic Revival*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Stavenhagen, R. (1992). La cuestión étnica. Algunos problemas teórico-metodológicos. *Revista Estudio Sociológicos*, 28, enero-abril, 53-76.
- Tarrio De Fernández, M. (1978). Expansión ganadera y conflictos políticos en Chiapas. *Revista Plural*, 76(1), 81-84.
- Toledo, V. (1996). *El desastre ecológico del sureste. Un siglo de civilización petrolera*. México D.F.: Ediciones de La Jornada Ecológica.